

amigos, dejando en su ánimo la impresión de un osado y brillante general más bien que de un militar cumplido y previsor. Pero los contemporáneos no se hicieron estas reflexiones y sólo vieron al héroe de la victoria y al mártir del sufrimiento, y esta especie de triunfo que concluía en la muerte no dejó espacio más que para una enternecida admiración. ¿Conviene ser más exigente y escudriñar los más recónditos rincones de una existencia tan bien terminada? Es una piadosa creencia cristiana la de que los que sucumben por la defensa ó la confesión de su fe reciben, á pesar de sus pecados, inmediata recompensa y Dios no ve de su vida entera sino el acto que la ha coronado. Los pueblos tienen una justicia análoga: no piden cuentas á los que han muerto para asegurar su salvación ó aumentar su honor, y con un veredicto soberano, más justo quizás que nuestras justicias de detalle, borran sus faltas y les hacen entrar sin mancha alguna en la posteridad.

## IV

Mientras el mariscal Saint-Arnaud luchaba débilmente con la muerte, nuestras tropas trepaban por primera vez á la meseta de Quersoneso. Era el 27 de septiembre. La impresión fué triste. Tres días antes habían acampado en la verde orilla del Belbek, y la víspera habían plantado sus tiendas en el fértil valle del Tchernaiá. Los ojos, acostumbrados á una naturaleza risueña, fueron impresionados por el severo aspecto de la región que descubrían. El suelo era pedregoso, los árboles escasos y doblados por el viento del mar; no había agua corriente, sino pozos y cisternas; no había pueblos ni aldeas, sino algunas casas de campo situadas en los sitios más abrigados y rodeadas de cercados que un cultivo paciente había transformado en viñas ó huertos. Completamente al Sur y cerca del mar se divisaba, en medio de un pequeño bosque, un vasto edificio: era el monasterio de San Jorge, que delineaba en lo alto del acantilado la pequeña cúpula de su capilla.

Continuando la exploración se dieron más exacta cuenta de aquellas posiciones en que, según todas las apariencias, nuestras tropas se establecerían, ya para preparar un ataque á viva fuerza, ya para emprender un sitio en regla.

La meseta ó península de Quersoneso (que de ambas maneras se llamaba) mide unos 13 kilómetros de largo por 15 de ancho. Termina al Este por una línea de escarpamentos, designados con el nombre de *monte Sapuno*: al Sur y al Oeste linda con el mar, proyectando en él varios promontorios, el más elevado de los cuales es el cabo Quersoneso; al Norte confina con la gran rada de Sebastopol. No forma una planicie llana, sino cortada por numerosos barrancos, que corren casi todos de Sudeste á Noroeste y bajan unos hacia el mar y otros hacia la gran rada que recortan en una serie de ensenaditas. Franceses é ingleses podían estudiar aquellas extrañas sinuosidades del suelo, especie de valles sin agua. A la derecha se extendían los barrancos del *Carenaje* y de los *Docks* (ó de *Karabelnaia*); á la izquierda serpenteaba el de la *Cuarentena*, que más tarde había de llamarse de las *Balas* á causa de los proyectiles que en él cayeron. En el centro nacían otros dos grandes barrancos, el de *Sarandínaki* y el del *Laboratorio*

ó *Voronzof*, los cuales, reuniéndose en su desembocadura, formaban una verdadera bahía, más profunda y más segura que todas las demás. En ella fijaban principalmente su atención, porque esta bahía, llamada *bahía del Sur*, era el puerto mismo de Sebastopol. Allí, en lontananza, en la costa septentrional de la gran rada, se alzaba el fuerte del Norte, objeto primitivo de nuestro ataque. Luego, la rada misma, anchamente abierta al mar y defendida por una serie de fortificaciones, tales como los fuertes de Constantino y Alejandro, de Miguel y Nicolás, de Catalina y de Pablo. En la costa meridional de esta gran rada desemboca la bahía del Sur, puerto militar de Sebastopol. Al Oeste y al Este del puerto se extiende la ciudad: al Oeste, la ciudad propiamente dicha, pintorescamente asentada en la falda de una colina y prolongándose hacia una pequeña ensenada llamada bahía de la Artillería; al Este, el arrabal de Karabelnaia, que contiene los cuarteles, los docks, los arsenales, el hospital de la marina, en una palabra, los más importantes edificios de este gran establecimiento naval.

Los oficiales de ingenieros y de Estado mayor estudiaban con ayuda de sus gemelos, ó procuraban adivinar las fortificaciones de la plaza. Sabían que, por la parte del mar, Sebastopol tenía defensas formidables, y se conocían de un modo general los fuertes que protegían la entrada de la rada. Pero, por la parte de tierra, ¿cuál era la fuerza de la resistencia? Sobre este punto capital no se tenían más que datos contradictorios ó incompletos. La verdad es que nuestros enemigos aún no habían organizado entonces el poderoso sistema de defensa que fué creado pocos días después. No había recinto continuo de murallas. Yendo de Oeste á Este y siguiendo la línea esbozada de los muros, se encontraban sucesivamente el *Bastión de la Cuarentena*, el más avanzado de todos y el único casi concluido; el cuartel, fortificado y artillado, y, cerca de éste, un reducto, que figuraban en el punto en que se alzó pronto el *Bastión central*; una triple serie de barricadas que cortaban el camino de Balaklava á Sebastopol, protegiendo las bocacalles, y por último, hacia el barranco de Sarandínaki, una estrella aislada, armada de algunos cañones y que los aliados habían de designar con el nombre de *Bastión del Asta*. Tales eran las defensas de la ciudad propiamente dicha, desde la bahía de la Artillería hasta el fondo del puerto del Sur. Por la parte del arrabal de Karabelnaia las obras eran aún más imperfectas. Donde se levantaron más tarde la *Batería de los cuarteles*, la *Grande* y la *Pequeña Estrella* y la *Batería de la Punta* no había entonces más que algunas obras de defensa enlazadas por trincheras (1): de todas estas obras sólo una llamaba poderosamente la atención, y era una torre semicircular, más ancha que alta, de dos pisos almenados, con una plataforma coronada de artillería y rodeada de un terraplén formando glacis: desde esta torre, edificada hacia poco á expensas de los comerciantes de la localidad y situada en una eminencia, se dominaba todo el barrio de Karabelnaia, el puerto y la ciudad misma: los aliados la llamaron al principio la *Torre Blanca*, á causa de su color claro que se desta-

(1) Véase el *Journal des opérations du génie*, págs. 21 y siguientes, y Todleben, *Défense de Sébastopol*, primera parte, páginas 124 y siguientes.

caba sobre la verdura de la colina: más tarde se la designó con el nombre de *Torre de Malakof*, nombre que conservará en la historia.

Desde lejos, todo este conjunto no aparecía sino con un relieve indeciso y mal acusado. No era que la guarnición estorbaba mucho nuestras descubiertas; apenas alguna que otra bala de cañón se perdía por los barrancos ó venía á caer en la meseta. Todo el cuidado de los rusos se concentraba en un solo objeto: perfeccionar con toda la rapidez posible sus medios de defensa y dar á sus obras improvisadas el perfil y la consistencia que les faltaban. Habiendo el peligro cambiado de sitio, los principales recursos del armamento fueron transportados de la parte del Norte á la parte del Sur. Marineros, soldados, burgueses, menestrales, hasta mujeres, desplegaban una actividad á la vez ordenada y febril (1). Bajo el impulso de millares de brazos, las nuevas obras se levantaban con sorprendente rapidez y las antiguas se modificaban y completaban á ojos vistas. Nuestros oficiales de descubierta comprendían que sus informes ó sus croquis iban á dejar de ser exactos antes de darles la última mano. Otra cosa les desorientaba un poco: acostumbrados á las líneas de la fortificación clásica, eran desconcertados por aquellas obras irregulares que no correspondían á las teorías de escuela, pero que estaban apropiadas con una osadía original á la naturaleza de los lugares ó combinadas con previsora rapidez para las necesidades del momento. Algunos adivinaron desde luego que una inteligencia á la vez audaz y reflexiva dirigía aquellos esfuerzos, y que aquella Sebastopol que vislumbraban por primera vez encerraba un émulo del mejor de entre ellos. No se equivocaban. Detrás de aquellos muros improvisados se encontraba Todleben, cada vez más escuchado á pesar de su modesta graduación. Con una intuición genial comprendió los recursos que ofrecería para la resistencia la configuración abarrancada de la ciudad y de Karabelnaia: sin preocuparse de trazar una línea completa, obra quimérica en presencia del enemigo, se aplicaba á utilizar las posiciones principales que la naturaleza había preparado para la defensa: ya las estaba armando, y para ello acudía á los arsenales, y también á la escuadra, cuyo inmenso material estaba disponible entonces. Secundábale Khornilof, que había abandonado el fuerte del Norte para trasladarse á la costa meridional de la rada grande. Todleben era el genio práctico, fecundo en combinaciones y verdaderamente salvador; Khornilof era el entusiasmo patriótico llevado hasta el misticismo. El 27 de septiembre, las campanas de las iglesias tocaron á oración, y largas hileras de curas, precedidos de la cruz y distribuyendo agua bendita, desfilaron en procesión á lo largo del recinto inacabado, y en previsión del asalto excitaban para la lucha suprema á los defensores del zar y de la fe ortodoxa.

¿Iba á darse en seguida aquel asalto decisivo, ó se iba á procurar que disminuyeran los riesgos, ejecutando trabajos preparatorios? Al general Canrobert, apenas investido de su autoridad reciente, y á lord Raglán, lanzado otra vez en su ancianidad á las aventuras guerreras, correspondía la terrible decisión.

La debilidad relativa de las obras edificadas hasta

entonces, los poderosos recursos de los dos ejércitos de Francia é Inglaterra, la oportunidad de responder con algún hecho brillante á la expectación de Europa, eran razones que aconsejaban dar un golpe inmediato. En apoyo de una acción inmediata se añadía que los rusos, inseguros del punto de ataque, se verían obligados á repartir sus tropas entre la ciudad propiamente dicha y Karabelnaia, de modo que los aliados, fuese cual fuere su objetivo, no encontrarían más que fuerzas divididas. Se observaba, en fin, que las defensas de Sebastopol aumentaban cada día y que, por tanto, á medida que se retrasase la empresa, ésta sería más peligrosa y sangrienta.

A pesar de estos argumentos, los partidarios de la dilación eran numerosos. Hacían valer la fuerza de la guarnición, grandemente aumentada con los marinos disponibles. Mostraban al ejército de Menschikof en libre comunicación con la ciudad, pudiendo á su antojo encerrarse en ella ó sostener la campaña. Consideraban las fortificaciones incompletas sin duda, pero no despreciables, sobre todo si estaban bien artilladas. Una consideración superaba, en su concepto, á todas las demás: aun el éxito más brillante no terminaría la guerra; en cambio, la derrota sería un desastre irreparable si los ejércitos vencidos eran rechazados hasta sus buques. Así hablaban los jefes más circunspectos, y también algunos de los más turbulentos. Estos últimos se adherían á la contemporización, no por gusto, sino porque ya consideraban tardío el golpe que hubieran querido dar. En la guerra, como en la política, decían ellos, hay una hora en que la fortuna favorece á la audacia y en que la verdadera prudencia está en atreverse á todo; pero esa hora es breve y al que no la ha aprovechado no le queda más remedio que obrar con prudencia.

El general Canrobert y lord Raglán, á doscientas leguas de su país, tenían por principal cuidado la integridad del ejército confiado á su dirección. La dualidad de mando no permitía las resoluciones rápidas. Uno y otro se negaron á una aventura que, después de ocho días de marcha y de tanteos en torno de Sebastopol, ofrecería todos los peligros sin las ventajas de una sorpresa. Mientras en Europa se esperaba de correo en correo la rendición de Sebastopol, mientras circulaba la falsa noticia de la toma de la plaza, los generales en jefe combinaban sus preparativos para una serie de operaciones preliminares que facilitarían el ataque á viva fuerza y aseguraran su éxito.

De todas las medidas la más urgente consistía en asegurar el abastecimiento del ejército por las escuadras. Los ingleses habían ocupado la ciudad y el puerto de Balaklava, que habían de ser comunes entre las dos naciones. Obligados á proveerse en otra parte, nuestros marinos señalaron al Oeste de la península de Quersoneso una bahía segura, profunda y bastante vasta para abrigar toda la escuadra, la bahía de Kamiesch, descubierta con tanta oportunidad que se la llamó la *bahía de la Providencia*. Una vez escogida la base de la operación, se necesitaba dividir la tarea entre ambos ejércitos. Los franceses, extendiéndose al Oeste, tuvieron que continuar el sitio contra la ciudad propiamente dicha; los ingleses se encargaron de los ataques contra el arrabal de Karabelnaia; franceses é ingleses se encontraron separados unos de otros por el barranco de Sarandínaki, que

(1) Todleben, *Défense de Sébastopol*, primera parte, pág. 264.

se llamó *barranco de los Ingleses*. Aparte de este *cuervo de ejército*, compuesto de la tercera y cuarta divisiones francesas bajo el mando superior del general Forey, y de las divisiones England y Cathcart, se creó un *cuervo llamado de observación*, que tenía por objeto vigilar los movimientos exteriores de los rusos. Por nuestra parte, la primera y segunda divisiones, á las órdenes del general Bosquet, fueron destinadas á esta misión y ocuparon el Sudeste de la meseta, desde el collado de Balaklava hasta el punto llamado el *Telegrafo*, en el camino de Voronzof. Por parte de los ingleses, las divisiones Brown y Lacy-Evans, reforzadas con parte de la división del duque de Cambridge, tomaron posición, con igual fin, al Norte del camino de Voronzof, y se desplegaron en líneas excesivamente espaciadas en la parte septentrional del monte Sapune. Sebastopol no estaba, pues, bloqueado, por cuanto se comunicaba por su rada grande con Crimea y el resto del continente, del mismo modo que con nuestras flotas nos comunicábamos con el resto de Europa: situación singular que, en aquel primer período de ilusiones, llamó poco la atención, pero que había de igualar por mucho tiempo las probabilidades de éxito entre sitiadores y sitiados.

A principios de octubre quedaban realizados todos aquellos movimientos. El cuerpo sitiador se hallaba acampado á tres mil quinientos metros de la plaza; la cuarta división apoyaba hacia el mar, y la tercera daba la mano á los ingleses, que se prolongaban delante de Karabelnaia. Las tropas de observación estaban escalonadas detrás, en la meseta. Lord Raglán había instalado su cuartel general en la granja Braker, no lejos del collado de Balaklava; el general Canrobert había establecido el suyo al Sur del barranco de los Ingleses. En cuanto á los batallones turcos, con frecuencia un poco olvidados, constituían la reserva, cubriendo unos las inmediaciones de Balaklava y otros la bahía de Kamiesch, y estando ocupados los demás en ayudar á los desembarques y escoltar los convoyes, tarea, aunque modesta, muy penosa.

Después de algunos nuevos reconocimientos, el general Bizot y Sir John Burgoyne, jefe de ingenieros de ambos ejércitos, determinaron el punto sobre el cual se concentraría principalmente el esfuerzo de los sitiadores. Se convino atacar por el Oeste y por el Este del puerto del Sur, es decir, por parte de los franceses, hacia el bastión del Asta, y, por parte de los ingleses, hacia la Estrella Grande. Aunque estas fortificaciones habían sido reforzadas, los aliados esperaban que la construcción de poderosas baterías dominaría á la artillería rusa; después de lo cual contaban penetrar á viva fuerza en la plaza, abriendo una ancha brecha hacia el fondo del puerto. De esta manera el enemigo se hallaría dividido, y los invasores, una vez dueños de esta parte de las fortificaciones, se apoderarían sin duda muy pronto de Sebastopol. En la noche del 9 al 10 de octubre abrióse la trinchera delante de la ciudad, á 900 metros de la muralla: al amanecer tenía ya un desarrollo de más de mil metros y era bastante profunda para que los zapadores se hallasen á cubierto. Durante aquella misma noche, en la parte opuesta del barranco, los ingleses habían abierto también su primera paralela, pero á la distancia considerable de mil doscientos metros de la plaza. En los días siguientes los franceses construyeron seis baterías y los

ingleses levantaron once delante del arrabal de Karabelnaia (1). Mientras tanto, continuaba la actividad de los rusos: sus fortificaciones tomaban cada día mayor extensión, relieve y solidez; utilizaban muy bien su formidable armamento; el número total de sus cañones, que era de 172 en 26 de septiembre, se elevaba á 341 en 16 de octubre: de estos 341 cañones había 118 que dominaban las obras enemigas (2).

El 17 de octubre fué el día señalado para el bombardeo que debía abrirnos el camino de la ciudad. Los franceses disponían de 53 piezas y los ingleses de 73. Al amanecer, las tropas del cuerpo sitiador y del cuerpo de observación tomaron las armas, dispuestas á aprovechar toda ocasión de intervenir con probabilidades de éxito. Antes de que clareara, fueron descubiertas las cañoneras. A las seis y media, disipadas algo las brumas matinales, lanzáronse tres bombas á guisa de señal. En seguida las 126 piezas del sitiador, haciendo fuego á la vez, vomitaron una lluvia de proyectiles sobre la plaza. La respuesta no se hizo esperar. El enemigo, poseedor de inagotables municiones, empezó á disparar tiros precipitados, como pudiera hacerse á bordo de un buque de guerra durante un combate naval. Una espesa nube cubrió la ciudad y la meseta, ocultando á los sitiados las baterías de los aliados y á los sitiadores las murallas. El humo era tanto que no se tenía más punto de mira que los resplandores producidos por las descargas enemigas. Aunque más económicos de provisiones que los rusos, los franceses aceleraban también su tiro. Los ingleses eran los únicos que habían conservado toda su sangre fría, y, á pesar de la obscuridad, tomaban bien la puntería y medían sus golpes. A raros intervalos el huracán de metralla calmaba un poco, ya porque se temiese que reventaran las piezas, ya porque ambos combatientes quisieran ver los efectos del cañoneo. En aquellos momentos en que el humo descendía hacia el suelo, nuestros oficiales fijaban ansiosamente la vista en las fortificaciones de la plaza y observaban con satisfacción que los parapetos de las baterías rusas, construídos con tierra seca y cascajo, se desmoronaban en algunos puntos, que las cañoneras revestidas de arcilla estaban muy deterioradas y que hasta los bastiones habían sufrido grave daño. El combate continuaba, pues, con ventaja para nuestras armas. De pronto, cerca de las nueve y media, oyóse una espantosa detonación, seguida de ruidosos *hurras* entre los rusos y de un inmenso murmullo de confusión y de dolor entre los nuestros. Una bomba acababa de hacer volar el depósito de pólvora de una de las baterías francesas, y la explosión no sólo había herido á muchos artilleros, sino que además había destrozado la batería reduciéndola á la impotencia. A pesar de este grave accidente, el fuego continuó, pero con marcada inferioridad, tan grande era entonces la desproporción de las fuerzas. Para colmo de desgracia, una hora después hubo otra explosión en otra batería. El comandante en jefe, viendo que era imposible continuar el combate, ordenó suspender el cañoneo tan vigorosamente empezado al amanecer.

Al otro lado del barranco, los ingleses continuaban con mejor éxito la lucha contra el arrabal de Karabel-

(1) Véase el *Journal des opérations du génie*, págs. 51 y 60.

(2) Todleben, *Défense de Sébastopol*, primera parte, pág. 315, y Apéndice, pág. 55.

naia. Su artillería era más numerosa que la nuestra, y sus baterías, instaladas en la montaña Verde y en el monte Voronzof, á derecha é izquierda del barranco del Laboratorio, aplastaban la Estrella Grande con sus fuegos cruzados. Con rara valentía é infatigable activi-

Una bomba inglesa estalló sobre el polvorín, y este accidente acabó la obra de destrucción. Al disiparse el humo, se vió la extensión del desastre: más de cien cadáveres yacían en el suelo ó se hallaban medio sepultados bajo los escombros. Con sus fortificaciones hechas



El general Forey

dad los defensores de la plaza trataron de reparar los desperfectos, pero sin que sus esfuerzos pudieran evitar la ruina inminente de las obras de defensa. A las tres de la tarde, la tercera parte del armamento estaba desmontado: las piezas intactas tenían sus cañoneras destruídas; los artilleros de varias baterías habían tenido que ser reemplazados dos veces; algunos destacamentos habían perdido las dos terceras partes de su efectivo.

polvo y su guarnición reducida á algunos soldados heroicos, agrupados en torno de dos piezas intactas, la Estrella Grande no era más que un montón informe. ¿Cómo se detuvieron las tropas británicas á medio camino de su éxito? Los rusos esperaban verlos precipitarse sobre la fortaleza destruída, plantar allí su bandera y arrojarla en seguida sobre el arrabal de Karabelnaia. La prudencia, una prudencia quizá excesiva, pudo más que la au-

dacia. Por el lado de la población el cañón francés había cesado de retronar: una diversión intentada por las marinas aliadas sólo había causado ligeros daños al fuerte Constantino; era ya muy avanzado el día; el ejército inglés era numéricamente muy débil para arriesgar solo y sin apoyo inmediato una empresa llena de peligros. Por esto, sin duda, lord Raglán detuvo delante de su conquista. Llegó la noche, y, al día siguiente, la ocasión perdida no volvió á presentarse, pues los sitiados, por un verdadero milagro de energía, habían reparado sus brechas á favor de la obscuridad. El cañoneo continuó el 18 y el 19, pero sin que los franceses ni los ingleses pudiesen forzar el acceso de aquellos muros tan valientemente defendidos.

Aquella lucha de tres días había costado cara á los rusos; del 17 al 20 de octubre, éstos habían tenido 2.171 hombres fuera de combate (1). Entre las víctimas se hallaba Khornilof, el más valiente de sus jefes. Las pérdidas de los aliados eran mucho menores; en la jornada del 17 de octubre se redujeron á 348 bajas entre muertos y heridos, y en las otras dos jornadas fueron casi insignificantes. Por consoladora que fuese la comparación, la ventaja real la llevaban los sitiados. No sólo no habíamos entrado en Sebastopol, sino que todo concurría á demostrar que no entraríamos sino al cabo de una lucha larguísima y encarnizada. Hasta entonces todo habían sido ilusiones. «Considero que no tendremos que proceder con la lentitud de un sitio en regla.» Así se expresaba, en 28 de septiembre, el general Canrobert en un parte al mariscal Vaillant. «Todo me hace esperar, escribía en 7 de octubre el general Bizot, jefe de los ingenieros franceses, que no haremos esperar el boletín complementario de la batalla de Alma, y que tocaremos al término de esta grande y gloriosa expedición cuando esta carta llegue á vuestras manos (2).» «Es probable, escribía por su parte el general Martimprey, que será cosa corta y que nos costará poca gente (3).» A decir verdad, no faltaba quien viese de una manera más clara el porvenir. El general Airey, jefe de Estado mayor del ejército inglés, decía en 3 de octubre: «Mi impresión es que estaremos aquí todo el invierno.» Pero esta opinión era rara. Después del combate infructuoso del 17 de octubre, fué más común, sin ser aún general. «La plaza ha resistido mejor de lo que se creía,» escribía, con un ligero matiz de tristeza desengañada, el general Canrobert (4). La impresión de los rusos era muy distinta. De aquel bombardeo, de aquel primer bombardeo, como le llamaban en su historia del sitio, salían maltrechos sin duda, pero esperanzados y más animosos que antes. *No entreguéis Sebastopol*, tal había sido el último grito de Khornilof expirante. Y nuestros enemigos estaban más resueltos que nunca á seguir aquel supremo consejo. No sólo no entregarían Sebastopol, sino que ya pensaban, como luego se verá, en convertirse en agresores, sorprender nuestros campamentos, rechazar á los aliados hasta obligarles

(1) Todleben, primera parte, págs. 345, 353 y 355.

(2) Cartas de los generales Canrobert y Bizot al ministro de la Guerra (M. Camilo Rousset, *Guerre de Crimée*, tomo I, páginas 281 y 282).

(3) Correspondencia inédita.

(4) Parte del 18 de octubre (*Monitor*, 5 de noviembre de 1855).

á refugiarse en sus buques, ó tenerlos al menos más sitiados en su meseta de lo que lo estuviesen ellos mismos en su ciudad.

## V

Resueltos á la ofensiva, los rusos no tardaron en ejecutar sus nuevos proyectos. En pocos días intentaron dos veces el ataque de las posiciones aliadas: el 25 de octubre se verificó el combate de Balaklava, y el 5 de noviembre la terrible acción de Inkermann.

El combate de Balaklava no fué más que una sorpresa, un encuentro parcial más bien que una verdadera batalla.

El ejército británico, ya muy reducido por las fatigas y por las enfermedades, se hallaba casi todo acampado en la meseta de Quersoneso, unos continuando el sitio delante de Karabelnaia, y otros apostados en observación en las vertientes septentrionales del monte Sapune. Balaklava, base de operación de los ingleses, se encontraba, pues, algo desguarnecido: el puerto sólo estaba ocupado por unos cuantos marinos; por el lado de la plaza se hallaba establecida, cerca de Kadikoi, parte de la caballería y del 93.º *Highlanders*; en fin, á cuatro kilómetros al Norte de la ciudad, se habían construído, sobre una serie de promontorios y á intervalos muy espaciados, cinco reductos que se extendían desde la falda del monte Sapune hasta la aldea de Kamara, y que no estaban guardados más que por algunas tropas turcas.

Los rusos, que habían adivinado aquella debilidad, se dispusieron á sacar partido de ella. Menschikof había recibido ya importantes refuerzos y esperaba otros todavía. Hizo bajar de las alturas de Mackenzie al valle del Tchernaiia varios gruesos destacamentos que se concentraron en Tchorgún, y al cabo de agregaciones sucesivas resultó un cuerpo de 18.000 hombres. El 25, el general Liprandi, que mandaba estas fuerzas, abandonó su campamento durante la noche, pasó el río y, al amanecer, se arrojó sobre las líneas inglesas. Los turcos defendieron con valentía uno de los reductos; pero, tomado éste, los defensores abandonaron los demás. Los rusos, animados por esta primera victoria, pasaron las trincheras, desembocaron en la planicie de Balaklava y lanzaron hacia Kadikoi una brigada entera de húsares y cosacos. Al primer ruido del cañón y de la fusilería, marinos, *highlanders* y jinetes se habían preparado para el combate. Todo el esfuerzo de la caballería rusa se estrelló contra la solidez de los *highlanders*, los cuales recibieron á los escuadrones con una descarga á boca de jarro, obligándoles á volver grupas. Los *escoceses grises* y los dragones del general Scarlett acabaron lo que la infantería había empezado. Poco antes de las diez, el enemigo, vigorosamente rechazado, tuvo que retroceder hasta las trincheras que había tomado á primera hora de la mañana.

La lucha quedó entonces como en suspenso. Los rusos eran dueños de los reductos, y sus reservas se escalonaban detrás hasta la base de los montes de Fedukhine. En cuanto á las tropas inglesas que habían soporado solas el primer choque, acababan de recibir refuerzos: éstos consistían en la caballería ligera de lord Cardigan, que había acudido al principio del combate, y la división Cathcart y la brigada de guardias, que llegaron á toda prisa por el collado de Balaklava. El cuer-

po de observación francés también había tomado las armas: en las crestas meridionales del monte Sapune había la división Bosquet; la primera división se desplegaba por las laderas ó se corría entre el collado y Kadikoi; finalmente, varios escuadrones de cazadores de Africa habían bajado á la llanura. Era de suponer que aquel día no habría ningún otro encuentro: los rusos se

los reductos turcos y se disponían á llevarse los cañones. A fin de evitar que se apoderasen de aquellos trofeos, envió á lord Lucán, comandante de la división de caballería, una orden así concebida: «Lord Raglán desea que la caballería avance rápidamente de frente, que persiga al enemigo é impida que se lleve los cañones. La tropa de artillería montada puede acompañar. La



El general Vaillant

hallaban en presencia de fuerzas demasiado considerables para renovar con éxito su ataque y amenazar seriamente á Balaklava: los aliados, por su parte, no pensaban abandonar su posición dominante ni extremar una lucha que no habían deseado. Parecía, pues, que la jornada había concluído, cuando sobrevino un episodio extraordinario que, al cabo de tantos años, causa todavía al ánimo sorpresa, admiración y piedad.

Desde el comienzo del combate lord Raglán permanecía en el borde de la meseta, en el punto llamado el *Telegrafo*, y desde allí su vista dominaba toda la llanura de Balaklava. Observando con su anteojo los movimientos de los rusos, le pareció que éstos desarmaban

caballería francesa se halla á vuestra izquierda. Inmediatamente.» El capitán Nolan, portador de la misiva, bajó á galope las pendientes y pasó el collado de Balaklava. Cuando llegó al punto en que se encontraba el comandante de la división inglesa, la situación había cambiado: los rusos no pensaban batirse en retirada, ni llevarse los cañones conquistados, como había creído lord Raglán, sino que, por el contrario, se habían formado de nuevo en su terreno propio detrás de los reductos y se hallaban cubiertos por una formidable artillería (1). Después de haber leído el parte, lord Lucán

(1) Parte de lord Raglán al duque de Newcastle, 28 de octubre de 1854.